

Mauricio Ventanas

LAS FLORES BESANDO
LA NOCHE



Nada detesta más el joven Julián en esta vida que el camino eterno a casa, al final de la jornada vendiendo flores en la plazoleta de Quijones. Otra vez y otra vez y siempre el mismo miedo. *"¿Por qué diablos no hay más camino entre casa y el pueblo que el camino del cementerio?"* Del crepúsculo no queda ya casi ni el recuerdo de Felicia, con su pléyade de pecas iluminadas, al ver que no se iba a vender la última rosa. Es que la última rosa, si no se va, es de ella. Pero hoy se fue la rosa y Felicia partió sola guardándose un beso, sombrío en su boca de no haber rozado el rostro de Julián. *"Mañana, Felicia."* Así tras ella se oscureció el día a más no poder, y luego la noche, inexplicablemente más.

A cada paso se ennegrece un poco el mundo. A medida que se acerca el cementerio por el empedrado camino de los funerales, y las escasas estrellas corren del cielo dando saltitos como corderos despavoridos. Los árboles tienden telones inmensos, y de los telones salen sombras de monstruos trepando por los costados del miedo... Como águilas negras con sus alas muy quietas asolando las piedras, que parecen apuñarse temblando de miedo bajo los pies de Julián. Y luego vienen las cruces. *"Virgen Santísima, los tres dulcísimos nombres me protejan. Madre que sabés adonde estoy ahora, rezá por mí, para salir pronto de este infierno tan negro."* Las cruces más altas, las de los Marchena, los Umbría y Palestra se levantan a cada paso como buscando una presa.

– *Ay Dios, que se acabe pronto*

Sobraron tres lilas y una petunia callada y solitaria. *"¿Quién va a comprar una petunia? Sólo mi madre sabe que se le van a vender las petunias. Ay madre. Ay Dios"* Las flores van sacudiéndose moribundas en el cesto, como invitando a algún muerto abandonado a cobrarse con ellas el olvido imperdonable y ponerlas en su florero. Julián ya ve la mano flaca y fosforescente, pintando su búsqueda ciega por el aire. Ya le tiemblan en los oídos las *"gracias"* tierrosas de una cara blanca, ojerosa y desnarizada.

– Si me sale al camino uno de estos..., ay Dios, al diablo el cesto. Yo corro como un demonio hasta la casa y no salgo nunca. Juro que no vuelvo a vender flores. Me quedo en casa haciéndole faenas a mi madre.

Ya no hay adonde mirar. Busca un búho, un ratón, una liebre. A veces pasan en carrera como repartiendo pasos o aleteos de vida por aquí que tanto hace falta. Pero hoy no hay nada. Solo la noche sin luna, cada vez más negra. Los ojos de Julián sienten ya la cercanía del portón de hierro y puede adivinar las lápidas sobre las caras serias de tanta gente desconocida. ¿Por qué sí hay una luz miserable sobre el granito y el azulejo, y no sobre los árboles, que se asoman como grandes monjes negros tramando un exorcismo? Algo sobrenatural tiene que tener el cementerio, que trae luz o lanza luz de donde no hay. Es como un hechizo abominable que atrapa las miradas de la gente y se las va tragando poco a poco.

– Es la luz de los ojos furibundos de los que alguna vez se quedaron mirando el cementerio como yo, y ahora están ahí debajo llamándome. Ay Dios, ya falta poquito, poquito.

Por fin va quedando atrás el cementerio. La mirada abiertísima de Julián se clava en el camino vacío, y casi no

importa que su espalda helada siga viendo las manos de las calaveras diciéndole adiós muertas de la risa. Los fantasmas vuelven a volar enloquecidos en su fiesta anónima. ¿Resistirán una vez más la tentación de deslizarle una caricia tumecina por el cuello?

– Ay Felicia, si supieras que esto lo estoy haciendo por vos. Porque vos me hiciste este cesto, para volver cada día con más rosas... y más rosas, para que sobre la tuya y... ¡Mi madre!

¡Falta una lila en el cesto! Los pies de Julián ya no le envidian una legua a los saltitos despavoridos de las estrellas. Se matan por dejar atrás el uno al otro, cuesta abajo, parte por el empedrado, parte por los matorrales y entre las ramas que antes no estaban ahí... como manos asesinas que juegan a detener a Julián, para que lo alcance el tropel de muertos que se despeña tras él hacia la quebrada. Diría que vuela, pero no es cierto: El pavor no da alas, sólo mucha fuerza y cierta ceguera que se le suma indiferente a la negrura del bosque. Y cierta pasión que se lanza en pos del extravío: Julián ha tomado el camino del acantilado. Segundos después está abrazando al mundo, con el cesto de Felicia al brazo y las flores besando la noche.

Así termina y empieza la historia de este novio eterno de la luna nueva.

Nada detesta más el joven Julián en esta vida que el camino eterno a casa, al final de la jornada vendiendo flores en la plazoleta de Quijones. Otra vez y otra vez y siempre el mismo miedo. *"¿Por qué diablos no hay más camino entre casa y el pueblo que el camino del cementerio?"* Del crepúsculo no queda ya casi ni el recuerdo de Felicia, con su pléyade de pecas iluminadas, al ver que no se iba a vender la última rosa. Es que la última rosa, si no se va, es de ella. Pero hoy se fue la rosa y Felicia partió sola guardándose un beso, sombrío en su boca de no haber rozado el rostro de Julián. *"Mañana, Felicia."* Así tras ella se oscureció el día a más no poder, y luego la noche, inexplicablemente más.

863.44

M455m

Mauricio Ventanas

Las Muertes Normales / Mauricio Ventanas.

– 2da ed. – San José, CR. : G. Quesada C.,
2005, 135 p.; 280mm.

ISBN 9977-12-277-6

1. Cuentos costarricenses. 2. Literatura
costarricense. I. Título.

Todos los derechos reservados

Para reproducción total o parcial de esta obra

es imprescindible la autorización escrita de su autor.